

LA OFENSIVA ESPAÑOLA EN EL ENTORNO FILIPINO (1565-1677)

Carlos Martínez Shaw
RAH

La instalación española en las Islas Filipinas (Miguel López de Legazpi, 1565) creó un escenario militar inédito en la región. Inédito y sumamente complejo, pues los recién llegados hubieron de hacer frente (si prescindimos de las resistencias interiores) a varios enemigos locales, como fueron la piratería china (que atacó por primera vez Manila en la temprana fecha de 1574), la piratería japonesa de los *wokou* (también con algunos hechos de armas sobresalientes, como el ataque a Cagayán de 1581) y el corso permanente de los estados musulmanes del sur (los “moros” de la isla de Mindanao y del archipiélago de Joló o Sulú), que hostigaron permanentemente las costas filipinas en una guerrilla marítima en todo similar al corso berberisco del Mediterráneo. A estos rivales de la región se sumaron los enemigos europeos: el corsarismo inglés (que actuó de un modo más aislado y con el objetivo más concreto de capturar a algún galeón en su ruta de Acapulco a Manila) y, sobre todo, los obstinados ataques holandeses, iniciados en 1600 contra Manila y que, sin respetar siquiera el periodo de vigencia de la Tregua de los Doce Años (1609-1621) y tampoco la paz de Münster (1648), se prolongarían a todo lo largo del siglo XVII, y aun mucho más allá, durante la centuria siguiente, llevados algunas veces en solitario y otras mediando la alianza con los enemigos locales de los españoles.

Definidos así los rivales en estas aguas, la situación se complicó a causa de la entrada en liza de otros factores. Primero, hay que considerar la indefinición de la política española de los primeros años, que oscila entre el deseo de proseguir la tendencia expansiva (con la invasión de China como prioridad o el aprovechamiento de las oportunidades de infiltrarse en otras sociedades del entorno, como ocurrirá a fines de siglo en el caso de Camboya) y el proceder más realista de mantener la buena vecindad con los estados aledaños, con los que cabía establecer relaciones diplomáticas y buscar la paz y la colaboración renunciando a cualquier acción agresiva. Segundo, la política española se complicó al poco de la instalación hispana en las Filipinas a causa de la unión de Portugal, una potencia con amplios intereses en la zona, con la cual las relaciones también oscilaron entre la separación estricta entre ambos dominios según los pactos firmados por el rey Felipe II, la ayuda a los lusitanos en sus enfrentamientos con el común enemigo holandés y la sustitución de los portugueses en territorios estratégicos bajo el impulso de una lógica que respondía al mismo tiempo a imperativos militares y a las aspiraciones económicas e imperiales hispanas. Finalmente, la presencia de tantas fuerzas dispares condujo a una serie de conflictos multilaterales, como pudieron ser los originados por la instalación del legitimista chino Zheng Chenggong en la isla de Formosa previamente ocupada por fuerzas holandesas y españolas o los que se sucedieron en las islas Molucas y áreas aledañas cuando las alianzas hispano-lusitanas con los gobernantes locales fueron minadas por las intervenciones diplomáticas y militares de los holandeses de la Compañía de

las Indias Orientales (VOC). De esta forma, el entrecruzamiento de las actuaciones de unos y otros fue una constante, lo que dota de interés y de dificultad al análisis del periodo aquí analizado, que corre desde la llegada de los españoles a Filipinas hasta el abandono de las posiciones hispanas en el norte de Sulawesi bajo el empuje de los holandeses.

Como hemos señalado, los ataques contra las Filipinas por parte de fuerzas rivales fueron una constante desde el mismo momento de la instalación española en el archipiélago. Por un lado, los recién llegados hubieron de hacer frente a la piratería china, encarnada primero por Lin Feng (conocido como Limahón o Limahong), quien ya a fines del año 1574 se sintió con fuerzas para atacar Manila con una flota de setenta barcos, aunque finalmente fue rechazado y acosado al norte de la capital en Panganisán dos años más tarde. Al mismo tiempo, los piratas japoneses, los *wokou* (literalmente, “enanos”), se prodigaron sobre todo en la costa norte de Luzón desde su base tradicional de Kagoshima, haciéndose presentes en 1581 con una flota de veintisiete barcos mandada por Tai Fusa contra Cagayán, pero el ataque fue rechazado gracias a la decidida actitud de la población local y también al concurso del propio gobernador Gonzalo Ronquillo de Peñalosa (1580-1585), que consiguió finalmente expulsar al pirata de la isla de Luzón dos años después¹.

Otro de los frentes endémicos de la guerra marítima en el área de las Filipinas fue el de la “frontera mora”. En efecto, los malayos musulmanes estaban bien consolidados en el sur y sudoeste del archipiélago, concretamente en la gran isla de Mindanao (especialmente en su mitad meridional) y en el grupo de las Joló (o Sulú), donde toda una serie de sultanes y señores islamizados se mostraban impermeables a la penetración española, ya fuera militar, política, comercial o religiosa. Su resistencia adoptó la forma de una continua *yihad* contra los colonizadores cristianos, así como la de una guerra intermitente de corso contra los españoles que, como quedó dicho, recuerda la de turcos y norteafricanos en el Mediterráneo en la misma época. Los ataques contra las provincias bajo dominio español fueron continuos, hasta el punto de obligar a una vigilancia permanente de la costa, a la firma de efímeros tratados de paz y, sobre todo, a una serie de enfrentamientos navales, que desembocaron en algunos casos en

¹ Sobre estos primeros contactos hispanos con China, cf. Carlos Martínez Shaw y Marina Alfonso Mola (dirs.): *La ruta española a China*, Madrid, 2007. Más recientemente, Han Qi: “La influencia del Galeón de Manila sobre la dinastía Ming”, en Carles Brasó Broggi (coord.): *Los orígenes de la globalización: el Galeón de Manila*, Shanghai, 2013, pp. 67-104 (el episodio de Lin Feng, en pp. 76-77). Las relaciones entre España y Japón en este periodo han sido objeto de diversas monografías, aunque en ellas son escasas las noticias sobre la piratería de los *wokou*: Juan Gil: *Hidalgos y samurais. España y Japón en los siglos XVI y XVII*, Madrid, 1991; y Emilio Sola Castaño: *Historia de un desencuentro. España y Japón, 1580-1614*, Alcalá de Henares, 1999. Sobre el ataque de Tai Fusa, Antonio M. Molina: *Historia de Filipinas*, Madrid, 1984, t. I, págs. 78-79.

verdaderas expediciones que buscaban la victoria sobre sus escuadras y el establecimiento de presidios en sus territorios².

Así, las primeras expediciones contra las posiciones moras del sur fueron ordenadas ya a fines del siglo XVI por los gobernadores Francisco de Sande (1576-1580), quien envió una escuadra a Joló y Mindanao bajo el mando del capitán Esteban Rodríguez de Figueroa, y Francisco Tello de Guzmán (1597-1602), quien apenas llegado a la gobernación puso al frente de la segunda al capitán Juan Ronquillo del Castillo, sobrino del anterior gobernador. Por su parte, el gobernador Pedro Bravo de Acuña (1602-1606) decidió en 1602 una nueva expedición contra Joló, que fue llevada a cabo por el sargento mayor Juan Juárez Gallinato, quien construyó hasta tres fortalezas para controlar el territorio y precaverse de futuros ataques, aunque los presidios fueron abandonados por el gobernador interino Rodrigo de Vivero (1608-1609) no mucho tiempo después (1608). Otras campañas se sucedieron a lo largo de la primera mitad del siglo XVII, como las dos enviadas por el gobernador Juan Niño de Tabora (1626-1632), primero contra Mindanao al mando del maestre de campo Lorenzo Olaso de Ochotegui (1628) y después contra Joló a cargo de Cristóbal de Lugo, alcalde mayor de Cebú (1630), empezada con un ataque devastador pero concluida con una apresurada retirada. Siguieron las dos expediciones del gobernador Sebastián Hurtado de Corcuera (1635-1644), primero contra Mindanao (1637) y después contra Joló (1638), donde tras ocupar la capital y sus fortalezas llegó a nombrar incluso un gobernador. Hay que concluir citando, bajo el mismo gobernador, las acciones de Pedro Almonte contra Joló y la isla de Tawi-Tawi, en el extremo sur del archipiélago sulitano, y, ya fuera de este marco, la de Durán de Monforte contra la isla de Borneo, que no era desde luego la primera y que concluyó con la destrucción de trescientas naves enemigas (1641)³.

Sin embargo, la arremetida española siempre tuvo respuesta por parte musulmana. No sólo continuaron las incursiones desde Mindanao y, sobre todo, desde Joló, sino que desde 1638 aceptaron la ayuda ofrecida por los holandeses, que lograron establecer tratados con los sultanes de Mindanao y Joló, aunque un poderoso ataque joloano-neerlandés terminó en fracaso para los aliados al año siguiente. El contraataque español permitió la firma de un acuerdo con Joló en 1646, por el que los cristianos se retiraron al presidio de Zamboanga, construido en 1634 en la isla de Mindanao y que ha sido desde entonces la frontera real y

² En general, para el curso musulmán, cf. César A. Majul: *The Muslims in the Philippines*, Quezón City, 1973; Isacio Rodríguez Rodríguez: "Confrontaciones entre españoles y mahometanos en Filipinas (1565-1760)", en Eufemio Lorenzo Sanz (comp.-dir.): *Proyección histórica de España en sus tres culturas: Castilla y León, América y el Mediterráneo*, Valladolid, 1993, t. I, pp. 279-294; y Miguel Luque Talaván: "La piratería malayo-mahometana en Mindanao, Joló y Norte de Borneo y su reflejo en la historiografía (siglos XVII-XX)", *Perspectivas históricas*, nº 4 (1999), pp. 57-86. Cf. finalmente la nota al respecto en Leoncio Cabrero (coord.): *Historia General de Filipinas*, Madrid, 1992, pág. 541.

³ Cf. José Ortiz de la Tabla Ducasse: *El marqués de Ovando, Gobernador de Filipinas (1750-1754)*, pp. 227-228. Las expediciones de Sebastián Hurtado de Corcuera cuentan con la monografía de Carlos Martínez Valverde: "Sobre la guerra contra moros, en Filipinas, en el siglo XVI y en el XVII. Expediciones de don Sebastián Hurtado de Corcuera a Mindanao y a Joló", *Revista de Historia Militar*, 29/59 (1985), págs. 9-56.

simbólica entre cristianos y musulmanes en las Filipinas. Sin embargo, como ocurriría en la isla de Formosa, el gobernador Sabiniano Manrique de Lara (1653-1663) renunció al fuerte de Zamboanga en 1662, dejando así abandonados a su suerte a los habitantes de las islas del sur. La política de sistemático enfrentamiento naval con los corsarios moros no se reanuda hasta 1719, ya en tiempos de Felipe V, con la reconstrucción del presidio de Zamboanga, que había sido ordenada por la regente Marina de Austria en 1666, pero que no se llevó a cabo sino más de medio siglo más tarde, por obra del gobernador Fernando Manuel de Bustamante, que también edificó el fuerte de Labo en las islas Palawan, aunque sería abandonado al año siguiente de 1720⁴.

Poco después del establecimiento de los españoles en Manila, el reconocimiento de la soberanía de Felipe II sobre el reino de Portugal (1581) se hizo bajo determinados pactos destinados a garantizar la autonomía de la política lusitana dentro de la Monarquía Hispánica, tanto en el espacio metropolitano, como en el ámbito imperial. No obstante, las fuerzas navales españolas tuvieron un papel protagonista en diversas acciones llevadas a cabo en los espacios extraeuropeos, bien en colaboración con los portugueses, bien en defensa de sus intereses en determinadas regiones, como fueron Brasil (recuperación de Bahía, armamento de flotas contra Pernambuco), o las áreas de influencia lusitana en Asia Oriental⁵.

En realidad la expansión de Manila en el marco de su entorno había comenzado con las instrucciones dadas en 1572 por Martín Enríquez de Almansa, virrey de Nueva España, al capitán Juan de Isla, comandante de una escuadra de tres navíos, para el "descubrimiento de China", que implicaba la exploración de sus costas y la "toma de posesión" de sus tierras, aunque este propósito nunca llegó a cumplirse en buena parte debido a la muerte de Legazpi en agosto del mismo año. Y siguió con el proyecto, ya abiertamente de conquista de la China Ming, expuesto por el segundo gobernador, Guido de Lavezares (1572-1575), en una carta enviada en 1574 a Felipe II que incluía significativamente el mapa de 1555 que se conserva en el Archivo General de Indias. Por último, todavía en la misma década, esta voluntad conquistadora sería adoptada de modo firme por el tercer gobernador, Francisco de Sande (1576-1580), quien en 1576 enviaba a España algunas propuestas tan osadas como la siguiente: "Lo que toca a la jornada de China es cosa llana y será de poca costa, que sin paga vendrá la gente española armada a su costa y escogida por servicios, y pagarán fletes y serán dichosos". Con una flota capaz de embarcar una tropa de entre cuatro y seis mil hombres sería cosa hecha "toda la conquista". Sin embargo, el Consejo de Indias se mostró mucho más prudente que el imaginativo gobernador, ordenando en 1577 suspender toda intención bélica y procurar tener "con los

⁴ Ana María Prieto Lucena: *Filipinas durante el gobierno de Manrique de Lara, 1653-1663*, Sevilla, 1984, pp. 91-140.

⁵ La bibliografía sobre la Unión de las Coronas en Asia es oceánica. Cf. especialmente Rafael Valladares Ramírez: *Castilla y Portugal en Asia (1580-1680). Declive imperial y adaptación*, Lovaina, 2002; y, más recientemente, Carlos Martínez Shaw y José Antonio Martínez Torres (dirs.): *España y Portugal en el mundo (1580-1668)*, Madrid, 2014.

chinos buena amistad". Lo que no fue óbice para que el proyecto de conquista siguiera rondando las mentes de algunos otros personajes, como el cuarto gobernador, Gonzalo Ronquillo de Peñalosa (1580-1585), o el padre Alonso Sánchez. Sin embargo, el proyecto de la implantación en China estaba ya dejando paso a otra línea de actuación, a una segunda fase del expansionismo español desde la plataforma de Filipinas, que tenía como doble objetivo Japón y el Sudeste de Asia, ámbito donde ya se había efectuado una primera expedición a Borneo en 1578⁶.

En estos años, la preocupación de los gobernadores de Filipinas había aumentado con la amenaza de los corsarios ingleses y holandeses, que se hicieron presentes en la región desde las últimas décadas del siglo. El primer ataque contra un Galeón de Manila fue el realizado en 1587 contra el *Santa Ana*, capitaneado por Tomás de Alzola, que no pudo resistir los tres asaltos consecutivos del barco corsario *Desire* del inglés Thomas Cavendish, que obtuvo su rendición, liberó a los prisioneros e incendió el buque tras la captura de un botín de 122.000 pesos en oro, aunque la embarcación pudo ser finalmente salvada gracias a la experiencia de Sebastián Vizcaíno y Sebastián Rodríguez Cermeño, que consiguieron conducirla a Acapulco⁷.

Como quedó dicho, la Unión de las Coronas de España y Portugal en 1580-1581 generó una nueva serie de conflictos en los que los gobernadores de las Filipinas asumieron el papel protagonista de defender los intereses de los lusitanos, particularmente, aunque no exclusivamente, en el área del Maluco. Así, la primera de estas acciones fue la expedición de 1582, solicitada a los españoles por Diogo de Azambuja, el capitán portugués de Tidore, y que mandada por Juan Ronquillo del Castillo, contando con un contingente de 300 soldados españoles y 1500 filipinos, no pudo conseguir su objetivo de tomar al asalto el fuerte de Talangama en Ternate. La segunda fue la expedición de 1584, enviada por el gobernador Santiago de Vera y comandada por Juan Morón, también a requerimiento del capitán portugués de Tidore y dirigida contra Ternate, que no obtuvo tampoco ningún resultado positivo. La tercera fue la expedición organizada en 1593 y comandada por el propio gobernador Gómez Pérez Dasmariñas (1590-1593), la más ambiciosa y la que partió con mayores posibilidades de éxito en su objetivo de tomar Ternate (una vez que los portugueses ya habían sido desalojados de Tidore), pero que concluyó desastrosamente con la muerte del mandatario a manos de los tripulantes chinos

⁶ Sobre las propuestas de conquista de China, son básicas las obras de Manel Ollé: *La invención de China. Percepciones y estrategias filipinas respecto a China durante el siglo XVI*, Wiesbaden, 2001; y, sobre todo, *La empresa de China. De la Armada Invencible al Galeón de Manila*, Barcelona, 2002.

⁷ Para una historia de la presión neerlandesa sobre el archipiélago filipino, es muy útil recurrir al clásico libro de Fernando Blumentritt: *Filipinas. Ataques de los holandeses en los siglos XVI, XVII y XVIII. Bosquejo histórico*, Madrid, 1882. Sobre los apresamientos efectuados por los corsarios ingleses, William Lytle Schurz: *El Galeón de Manila*, Madrid, 1992 (ed. original, 1939), pp. 200-306.

amotinados en alta mar, a veinticuatro leguas de Manila, y con el regreso de los barcos a sus bases de partida⁸.

Esta acción marcó un hiato en la ofensiva española sobre el área moluqueña, pero no dejó aquietada el ansia de aventuras militares, como demuestra la intervención en Camboya. La presencia española en la región se produjo a partir de la solicitud de ayuda contra la política agresiva de Siam cursada en 1593 por el rey Paramaja II al gobernador de Filipinas, Gómez Pérez Dasmariñas (1590-1593), en la que llegaba a ofrecerle, según Antonio de Morga, "la amistad y contratación en su tierra (...), pidiéndole socorro contra el Siam, que le tenía amenazado". El gobernador no se decidió a intervenir en una empresa que consideró excesivamente arriesgada, lo que sería juzgado posteriormente como una ocasión perdida, como señalara en 1621 el procurador general de Filipinas, Hernando de los Ríos Coronel, que pensaba que la expedición a Camboya le hubiera proporcionado a Felipe II no sólo la amistad de este reino sino también la corona de Siam: "Si se hubiera hecho habría sido un golpe de fortuna y S. M. sería el rey de Siam, que es muy rico".

Faltos del apoyo filipino, los cinco soldados portugueses y españoles que aisladamente participaron en la acción no pudieron impedir la destrucción de Lovek, la capital camboyana, y la conversión del reino en un estado mediatizado desde entonces por Siam, aunque todos ellos salvaron sus vidas y consiguieron reunirse de nuevo en Manila. A partir de ahora, los sucesivos gobernadores de Filipinas se decidieron por opción contraria de apoyar a los soberanos camboyanos en su afán por sacudirse el yugo thai y se pronunciaron por la intervención directa materializada en una serie de expediciones militares. La primera fue mandada por Juan Juárez Gallinato en 1596 y concluyó sin lograr sus propósitos con una novelesca retirada a tierras del actual Vietnam (Champa y Tonkín). La segunda expedición fue puesta en 1598 bajo la autoridad de Luis Pérez Dasmariñas, hijo del antiguo gobernador, que pese a su dilatada experiencia en los enfrentamientos militares en el área tampoco consiguió ningún resultado positivo después de algunos episodios particularmente sangrientos. Una tercera y última, de menor identidad y sin éxito, sería finalmente acometida bajo la dirección de Juan Díaz en 1603. La intervención en Camboya, de esta forma, cubrió el hiato militar abierto con la frustrada expedición a las Molucas de 1593 y cerrado con la nueva ofensiva lanzada en 1606, a la que enseguida nos referiremos.

Sin embargo, el fracaso final de la empresa de Camboya no fue un obstáculo para que algunos de sus hechos más sobresalientes produjesen un fuerte impacto en la opinión pública española, que pudo conocer las peripecias acaecidas en tan lejanas tierras a través de los relatos de dos testigos presenciales, fray Gabriel de San Antonio, autor de una *Breve y verdadera relación de los sucesos de Camboya*, publicada en Valladolid en 1604, y fray Diego Aduarte, que incluyó otra narración de las jornadas camboyanas en su

⁸ Sobre las Islas Molucas en esta época, la obra de referencia es la de Leonard Y. Andaya: *The World of Maluku. Eastern Indonesia in the Early Modern Period*, Honolulu, 1993. Más recientemente, Jean-Noël Suárez Pons: "Tiempos Malucos. España y sus Islas de las Especies, 1563-1663", en Susana Truchuelo García (ed.): *Andrés de Urdaneta: un hombre moderno*, Ordizia, 2009, pp. 621-650.

Historia de la provincia del Santo Rosario de la Orden de Predicadores en Filipinas, Japón y China, editada en Manila en 1640. La temática, finalmente, sería recogida por la literatura española de la época, en concreto por Luis de Góngora, Andrés de Claramonte y Miguel de Cervantes⁹.

El siguiente ataque europeo no fue obra de los ingleses ni tuvo como objetivo un Galeón de Manila, sino que fue protagonizado por corsarios holandeses y tuvo como meta la propia capital del archipiélago. En efecto, en 1600, antes incluso de la fundación de la Compañía de las Indias Orientales, la Verenigde Oost Indische Compagnie (VOC), que tuvo lugar en 1602, fue el almirante Olivier de Noort quien, al mando de dos navíos, el *Mauritius* y el *Eendracht* (pues había perdido otros dos, el *Hendrik-Frederik* y el *Hope* a la altura de Valparaíso), se presentó ante la capital de las Filipinas españolas con el propósito de ocuparla por la fuerza. El presidente de la Audiencia, Antonio de Morga, le salió al encuentro también al mando de otros dos barcos, la nao *San Diego* (de 300 toneladas) y el patache *San Bartolomé* (de 50 toneladas), los cuales tras un reñido combate consiguieron rechazar el ataque, aunque una vía de agua terminase por hundir la nao española después de la resolución favorable de la batalla. El héroe de la jornada, Antonio de Morga, describiría en su crónica (que, editada en la ciudad de México en 1609, pasaría a ser una de las primeras fuentes históricas sobre el archipiélago) los pormenores de un enfrentamiento que constituía sin duda un primer aviso de la que iba a constituir la nueva estrategia, al mismo tiempo económica, política y militar, de las Provincias Unidas en el ámbito asiático¹⁰.

En 1605, los holandeses, mandados por el almirante Cornelis Maatalief, ocuparon la totalidad del archipiélago de las Molucas, desalojando a los portugueses de las islas de Amboina (Ambon), Ternate y Tidore. Un hecho de tanto impacto movilizó en defensa de sus vecinos portugueses a los españoles de Filipinas, cuyo gobernador, Pedro Bravo de Acuña (1602-1606), se puso al frente de una expedición de treinta buques españoles (a los que unirían otros tres portugueses) que zarpó del puerto de Otón (en la isla de Panay) el 23 de enero de 1606, desembarcando en Ternate una fuerza de tres mil hombres que obtuvieron una decisiva victoria sobre el sultán, recuperando así la isla e imponiendo también al sultán de Tidore el acatamiento de la soberanía de los españoles, en cuyas manos los portugueses dejaron el gobierno de las Molucas. Fue la contrapartida a

⁹ Gabriel de San Antonio y Rodrigo de Vivero: *Relaciones de la Camboya y el Japón* (ed. de Roberto Ferrando), Madrid, 1988. Para el mejor relato moderno de los hechos, Florentino Rodao: *Españoles en Siam (1540-1939). Una aportación al estudio de la presencia hispana en Asia Oriental*, Madrid, 1997, pp. 9-38.

¹⁰ La obra clásica al respecto es la de Antonio de Morga: *Sucesos de las Islas Filipinas*, México, 1609 (nueva ed. de W. E. Retana, Madrid, 1909, reed. de Patricio Hidalgo Nuchera, Madrid, 1997). Sobre la primera ofensiva holandesa contra los dominios lusitanos (ya bajo la soberanía de Felipe II de España y I de Portugal), André Murteira: "La *Carreira da Índia* y las incursiones neerlandesas en el Índico occidental, 1604-1608", en Carlos Martínez Shaw y José Antonio Martínez Torres (dirs.): *España y Portugal*, pp. 297-314.

las tres expediciones anteriores al Maluco saldadas siempre en detrimento de las fuerzas españolas enviadas desde Filipinas¹¹.

No por ello se calmaron por mucho tiempo las aguas. En el transcurso de los años siguientes, los holandeses atacaron Mozambique en dos ocasiones sucesivas (1607 y 1608) y de nuevo Goa en 1610, aunque sin que se vieran acompañados por el éxito en ninguna ocasión. En 1609-1610, los españoles de Filipinas, a pesar de la reciente firma de la Tregua de los Doce Años con las Provincias Unidas (1609-1621), todavía hubieron de hacer frente a una nueva arremetida holandesa. Así, una flota, al mando del almirante Frans de Witte, se presentó (en octubre de 1609) ante el puerto de Ilo-Ilo (en la isla de Panay), donde su alcalde, Fernando de Ayala, rechazó la acometida, infligiendo grandes pérdidas a los atacantes, que se retiraron pero siguiendo atacando a los buques que navegaban en las proximidades de la isla de Corregidor.

Ante esta ofensiva holandesa, el nuevo gobernador, Juan de Silva (1609-1616), preparó la defensa de la capital, aparejando en Cavite una flota de quince naves que, tras un enconado combate (primera batalla de Playa Honda, 24 de octubre de 1610), derrotó a la armada neerlandesa, causando la muerte de su almirante y capturando más de cincuenta piezas de artillería y el cuantioso botín acumulado durante su campaña de corso.

En 1617 (todavía por tanto durante el periodo de vigencia de la Tregua de los Doce Años), los holandeses lanzaron un nuevo ataque contra las Filipinas, mediante la escuadra mandada por el almirante Joris van Spilbergen, que ya había obtenido una sonada victoria sobre la Armada de la Mar del Sur dos años antes. Desde Manila se organizó la salida de una flota que, compuesta de siete galeones, tres galeras y un patache, y al mando del ya maestro de campo Juan Ronquillo, presentó batalla en Playa Honda durante dos días consecutivos (segunda batalla de Playa Honda, 14-15 abril), hundiendo a la almiranta enemiga, *Son van Holland*, y a otras dos embarcaciones y poniendo a las demás en fuga.

Antes, en 1616, la cooperación entre portugueses y españoles para la defensa del Imperio se había concretado en un acuerdo suscrito entre el virrey de Goa, Jerónimo de Azevedo, y el ya citado gobernador de Filipinas Juan de Silva, que partió para las Molucas al frente de una nueva expedición de diez navíos, cuatro galeras, un patache y otras embarcaciones menores, con un total de cinco mil hombres a bordo, aunque no se obtuvo ningún resultado positivo antes de que la muerte sorprendiera al comandante de la expedición (abril del mismo año). No por ello se perdieron las Molucas, pues España mantuvo sus guarniciones en Ternate y Tidore incluso tras la firma de la paz de Westfalia, gracias a la victoria de 1649, que, pudiendo ser considerada como la última batalla de la guerra de los Ochenta Años, permitió conservar los presidios hasta su definitivo abandono, ordenado por el gobernador Sabiniano Manrique de Lara (1653-1663) en 1662.

¹¹ La acción será celebrada por la pluma de Bartolomé Leonardo de Argensola en su famosa obra *Conquista de las Islas Malucas*, escrita por insistencia del conde de Lemos, a la sazón presidente del Consejo de Indias, y publicada en 1609 (ed. de Alonso Martín, Madrid, 1992).

No fue, sin embargo, sólo en las Molucas donde los españoles y portugueses debieron defender sus posiciones frente a los holandeses. En efecto, en junio de 1622, una flota de trece barcos, con 1300 hombres a bordo, y al mando del comandante Cornelis Reijersen, fue enviada a la conquista de Macao, defendida por la guarnición portuguesa y por dos compañías de soldados españoles y doce piezas de artillería que habían llegado desde Filipinas. En la mañana del día 24, una avanzadilla compuesta por tres navíos, el *Gallias*, el *Groeningen* y el *Engelsche Beer*, abrió fuego contra el fuerte de San Francisco, preparando la arribada del grueso de la flota, otros diez buques encabezados por el *Zirckzee*, un navío de 400 toneladas. El desembarco fue conducido valerosamente por el capitán Hans Ruffijn, tras caer gravemente herido Reijersen, pero los sucesivos asaltos a los fuertes de Guía y del Monte, defendidos por la artillería atendida por los jesuitas, se revelaron infructuosos, preludiando la salida en masa de los asediados, que invocando a la Virgen María y al apóstol Santiago rechazaron a los asaltantes y los pusieron en fuga. La jornada quedaría inscrita para siempre en la leyenda de Macao, cuyos ciudadanos se ufanaron de que en la batalla sólo se hubieran registrado seis bajas entre los defensores: cuatro portugueses y dos españoles. Así, un cronista del siglo XVIII podía todavía recordar los hechos con las siguientes palabras: "Aquellos portugueses, y unos cuantos españoles que estuvieron junto a ellos, obraron maravillas aquel día [...], ya que aunque es cierto que los enemigos no opusieron la resistencia que podía esperarse, uno no puede sino admirar el decidido espíritu de tan pocos contra tantos"¹².

El éxito de la defensa de Macao animó al gobernador de Filipinas, Juan Niño de Tábora, a proponer la unificación en una sola jefatura del mando militar de Manila y Macao, aunque su proyecto no llegaría a realizarse. De ello se lamentaría, años más tarde, en 1643, el nuevo gobernador de Filipinas, Sebastián Hurtado de Corcuera, para quien la medida hubiera aportado notables beneficios a la defensa de los intereses estratégicos y económicos regionales de españoles y portugueses: "[...] Si se hubiera hecho esto antes, quizá no se hubiera perdido la ciudad de Malaca, y estas Islas Filipinas, por vía de la ciudad de Macán, hubiera conseguido más conveniencias y comodidades en el trato y comercio necesario, respecto de lo que se necesita de diversos géneros de que no se pueden proveer de otras partes"¹³.

En cualquier caso, en 1624, los holandeses, después de haber sido desalojados de las vecinas islas de los Pescadores, ocuparon la isla de Formosa (Taiwán), estratégicamente situada frente a las costas de la China continental y en la ruta hacia Japón. La noticia movilizó inmediatamente al gobernador interino de Filipinas, Fernando de Silva, que envió en 1626 una expedición al mando de

¹² El mejor relato de la defensa de Macao, en Charles Ralph Boxer: *Estudos para a História de Macau. Séculos XVI a XVIII*, Lisboa, 1991, págs. 67-102. La cita, en César Guillén-Núñez: *Macau*, Hong Kong, 1992, pág. 19.

¹³ Rafael Valladares Ramírez: *Castilla y Portugal*, pág. 54, y, sobre todo, Fernando Serrano Mangas: *La encrucijada portuguesa. Esplendor y quiebra de la unión ibérica en las Indias de Castilla (1600-1668)*, Badajoz, 1994, pp. 161-165 (la cita de Hurtado de Corcuera, en pág. 162). Un documentado esbozo biográfico de este último, en Nuria González Alonso: "Sebastián Hurtado de Corcuera, Gobernador de Panamá y de Filipinas", *Anales del Museo de América*, nº 20 (2012), pp. 200-219.

Antonio Carreño de Valdés, quien, tras desembarcar el 7 de mayo, procedió a la fundación en el norte de la isla del presidio de San Salvador de Kilung o Jilong junto con la colonia de La Santísima Trinidad, reforzado el doble establecimiento con una segunda expedición en septiembre del mismo año y con una tercera en 1627, aunque en esta ocasión la escuadra llegó muy mermada de efectivos. Más tarde, en 1629, se procedería a la instalación de un segundo presidio, el de Santo Domingo de Tamsui (hoy Danshui), que completaría el sistema de puestos avanzados de vigilancia para proteger el comercio con China. Esta situación de reparto de las zonas de influencia quedó reflejada en los dos mapas complementarios firmados en 1626 por Pedro de Vera y conservados en el Archivo General de Indias y el Museo de Naval de Madrid con sus leyendas respectivas de "puerto de los españoles" y "puerto de los holandeses" en la "Ysla Hermosa". El fuerte de Tamsui sería abandonado en 1638, mientras que, finalmente, tras la separación de Portugal, los holandeses asaltarían el fuerte de Jilong (acción que se denominaría batalla de San Salvador), expulsando a los soldados españoles entre los días 19 y 25 de agosto de 1642, dejando desprotegida a la misión católica que habría conseguido bautizar hasta unas cinco mil almas. Así se puso fin a la instalación española en Formosa¹⁴.

Aunque tampoco los holandeses pudieron mantener sus posiciones mucho tiempo, ante el asalto de Koxinga. En efecto, la figura más famosa de la piratería china fue Zheng Chenggong llamado también Guoxingye por el título y de ahí conocido por los europeos como Koxinga, en realidad un legitimista de la dinastía Ming frente a los manchúes que dirigió diversos ataques contra territorio filipino, antes de instalarse (en 1661) en la isla de Formosa (Taiwán), que los holandeses no pudieron mantener, debiendo rendir su asentamiento de Fort Zeelandia (en febrero de 1662), antes de que el propio Koxinga muriese al año siguiente¹⁵.

Más adelante, olvidada ya la defensa de Macao y separada ya de hecho Portugal de la Monarquía Hispánica, la presión holandesa se hará aún más insistente, debiendo las autoridades de Filipinas rechazar, sucesivamente, los ataques dirigidos por Martin Gerritszoon de Vries en 1646 y 1647 y por Abel Tasman en 1648. En 1646 el ataque holandés obligó a la flota española a aceptar dos sucesivos combates frente a la isla de Marinduque (29 y 31 de julio), un tercero frente a Mariveles (24 de septiembre) y un cuarto en Corregidor (3 de octubre): el resultado favorable está incluso en el origen de la tradicional fiesta de "La Naval de Manila". En 1647 la flota neerlandesa fue de doce buques, pero en la batalla entablada frente a la capital del archipiélago su almirante perdió la vida y su

¹⁴ Sobre la pugna por la isla de Formosa, Luis M. Delgado Bañón y Dolores Delgado Peña: "La presencia española en Formosa", *Revista de Historia Naval*, nº 37 (1992), pp. 55-72; Fernando González de Canales: "Presencia española en la isla de Formosa (Taiwan), 1626-1642", *Revista de Historia Naval*, nº 89 (2005), pp. 61-78; Lu Li-Cheng (ed.): *La frontera entre dos imperios. Las fuentes y las imágenes de la época de los españoles en Isla Hermosa*, Taipéi, 2006; y, sobre todo, José Eugenio Borao Mateo: *Spaniards in Taiwan*, Taipei, 2002, y *The Spanish Experience in Taiwan, 1626-1642. The Baroque Ending of a Renaissance Endeavor*, Hong Kong, 2009.

¹⁵ Sobre Koxinga existe una monografía reciente de Patricia Carioti: *Zheng Chenggong*, Nápoles, 1995. Sobre Koxinga en Formosa, John Robert Shepherd: *Statecraft and Political Economy on the Taiwan Frontier, 1600-1800*, Stanford, 1993, especialmente pp. 91-104.

buque insignia se fue a pique (10 de junio), lo cual no obstó para que el resto de la escuadra saquease los pueblos de la península de Bataán y terminase su campaña atacando la población de Abucay en la Pampanga, donde los españoles ofrecieron una encarnizada resistencia hasta obligar a los holandeses a retornar a Batavia. Finalmente, en 1648, el famoso navegante Abel Tasman fue enviado a Manila para interceptar el Galeón de aquel año, pero, tras fracasar en su intento, hubo también de regresar con las manos vacías a Batavia¹⁶.

El temor a una sorpresa holandesa no se extinguió ni siquiera tras la paz de Münster, incluida dentro de los tratados de Westfalia de 1648, aunque los galeones de la ruta Manila-Acapulco no sufrieron nada parecido a los dos grandes ataques de la flota de la Carrera de Indias en las aguas del Caribe. Sin embargo, la firma de la paz y la consiguiente independencia de las Provincias Unidas desactivaron los principales motivos del conflicto, al tiempo que abrían una nueva era de colaboración comercial entre los enemigos de la víspera. Manila respiró tranquila y la que había sido constante amenaza holandesa se desvaneció durante la segunda mitad del siglo, aunque no desapareció de modo definitivo¹⁷.

No sería, sin embargo, hasta los años 1662-1663, cuando los españoles procederían a abandonar todos sus establecimientos al sur de las Filipinas, tras la decisión adoptada por el gobernador Sabiniano Manrique de Lara, que ordenó salir a las guarniciones de sus fuertes de las Molucas y del norte de Sulawesi, donde se habían instalado fortalezas, colonias y misiones, en buena medida con el objetivo de proveer a las islas moluqueñas de víveres, en particular de arroz y sagú, indispensables para el sostenimiento material de las fuerzas destacadas en Ternate y Tidore. Sin embargo, las autoridades locales, algunas de las cuales se habían convertido al cristianismo, intentaron por todos los medios prolongar la presencia hispana, cosa que se logró en el grupo de las islas Sanguil, y especialmente en la isla de Siao, donde los españoles no serían desalojados por los holandeses hasta 1677, en el último episodio de este denodado enfrentamiento que se extendió a lo largo de gran parte del siglo XVII¹⁸.

Como una especie de epílogo a estos episodios bélicos, diremos solamente que en el siglo XVIII, la amenaza de ingleses y holandeses volvió a hacerse apremiante, sobre todo después de la toma de posición de Inglaterra y de las

¹⁶ Jonathan Israel: *The Dutch Republic and the Hispanic World, 1606-1661*, Oxford, 1982, pp. 334-336.

¹⁷ En general, sobre la defensa de Filipinas bajo los Austrias, cf. Inmaculada Alva Rodríguez: "La centuria desconocida: el siglo XVII", en Leoncio Cabrero (coord.): *Historia General de Filipinas*, Madrid, 2000, pp. 207-248 (págs. 223-232). Sobre la atenuación de la rivalidad hispano-holandesa tras Westfalia, Carlos Martínez Shaw: "The overseas Spanish Empire and the Dutch Republic before and after the Peace of Munster", *De zeventiende eeuw*, nº 13, 1 (1997), pp. 131-138 (hay trad. castellana: "El Imperio colonial español y la República holandesa tras la paz de Münster", *Pedralbes*, nº 19 (1999), pp. 117-129).

¹⁸ Sobre los establecimientos españoles en el área, Antonio Carlos Campo López: *La presencia española en el norte de Sulawesi durante el siglo XVII (Estudio del asentamiento español en el norte de Sulawesi ante la oposición local y la amenaza holandesa, 1606-1662)*, Madrid, 2014, trabajo de Fin de Máster.

Provincias Unidas en contra de Felipe V en el conflicto de la guerra de Sucesión a la Corona de España. Así, en pleno conflicto, los corsarios ingleses vuelven a acechar a los galeones del comercio transpacífico, con desiguales resultados. En 1704, William Dampier, al mando del *Saint George*, ataca el Galeón *Nuestra Señora del Rosario* que, esta vez dotado de superior artillería, consigue poner en fuga a la nave atacante. Por el contrario, en 1708, las naves *Duke* y *Duchess*, al mando de Woodes Rogers (y contando con Dampier a bordo) atacan el Galeón *Nuestra Señora de la Encarnación* (de 400 toneladas al mando del capitán Jean Presberty), al que conseguirán capturar y posteriormente conducir a Inglaterra con un botín de dos millones de pesos fuertes. En cambio, al año siguiente, el ataque por los mismos navíos a un segundo Galeón, el *Nuestra Señora de Begoña* (de 900 toneladas al mando del capitán Fernando de Angulo), se saldó con la encarnizada resistencia española a dos asaltos consecutivos y la arribada sin mayores contratiempos al puerto de Acapulco.

Sin embargo, las acciones hispanas, ya desde antes de la Unión de las Coronas, se habían visto acompañadas de otra ofensiva, pero en este caso pacífica, de carácter tanto como mercantil como misional, en dirección a China y a Japón. En primer lugar, esta tendencia terminaría con la creación de una ruta comercial que uniría a Filipinas por un lado con China y por otro con Nueva España, dando lugar a la creación de un tráfico transpacífico articulado esencialmente en torno al llamado Galeón de Manila. Al margen de las acciones piráticas ya mencionadas, los primeros contactos se operan, casi desde el mismo momento de la ocupación y refundación de Manila en 1571, con la aparición de una doble corriente: la llegada de comerciantes del Fujian (y, en menor medida, del Guangdong) para comerciar con los españoles instalados en la ciudad y la instalación (en el llamado Parián y en otros lugares) de quienes se convertirán en los intermediarios imprescindibles entre China y Filipinas, la colonia de los sangleyes¹⁹.

Tan rápido fue el proceso que el historiador chino Han Qi ha podido identificar la partida del primer Galeón de Manila en la fecha del 1º de julio de 1573, con un cargamento de 700 piezas de seda, 11000 piezas de tejidos y 22000 piezas de porcelana. La organización definitiva del tráfico se produce en los veinte años siguientes, durante los cuales se toman decisiones que perdurarán durante largo tiempo. Primero, saldrá un solo Galeón (algunas veces serán dos) en el mes de julio para regresar en el mes de diciembre. Segundo, los comerciantes autorizados serán los españoles asentados en las Filipinas (aunque, como en el caso de Sevilla en relación con la Carrera de Indias, estos beneficiarios podrán ceder sus derechos a otros individuos). Tercero, los barcos serán construidos por la Corona. Cuarto, los galeones serán autosuficientes en materia de defensa, de tal modo que serán considerados a la vez como barcos mercantes y como buques de guerra que garantizan su propia protección. Quinto, la ruta tendrá como únicas cabeceras los puertos de Manila y Acapulco: el primero se

¹⁹ Sobre los sangleyes, Juan Gil: *Los chinos de Manila. Siglos XVI y XVII*, Lisboa, 2011. Igualmente, Antonio García-Abásolo: "Españoles y chinos en Filipinas. Los fundamentos del comercio del Galeón de Manila", en *España, el Atlántico y el Pacífico. V Centenario del Descubrimiento de la Mar del Sur (1513-2013)*, Llerena, 2013, pp. 9-29.

relacionará con la China frontera y el segundo con el conjunto del virreinato de Nueva España y, a través del puerto de Veracruz, con la España peninsular. Sexto, la regulación definitiva (o cuasi-definitiva) quedará sellada con la llamada *permisión* de 1593, que permitiría el envío de 250.000 pesos fuertes anuales en mercancías contra unos retornos de 500.000 pesos fuertes, principalmente en efectivo. La fecha de 1593 marcaba así la exclusión legal de los restantes puertos americanos a favor de Acapulco, aunque el comercio directo (ahora de contrabando) con el Perú continuaría vivo al menos durante una década, y el indirecto siempre. Del mismo modo, se consolidaba así la inserción de China (y a través de ella, de todo el Extremo Oriente) en el sistema español del Pacífico y, además, su conexión con la propia Carrera de Indias que nacía y moría en Sevilla²⁰.

Finalmente, para caracterizar de modo más completo las características de la ruta transpacífica, sólo unas palabras sobre el contenido del tráfico. La exportación desde Filipinas se componían esencialmente de los productos chinos (sedas, otros tejidos y porcelanas), a los que se añadían otros productos orientales (alfombras persas o lacados japoneses), algunas especias y drogas (canela, pimienta, clavo y nuez moscada, por una parte, y té, benjuí o ruibarbo por la otra) y algunos géneros filipinos (muebles de maderas exóticas, las famosas mantas de Ilocos, cadenas de oro, abanicos o los celebrados marfiles hispano-filipinos). Las importaciones desde México se componía fundamentalmente de plata amonedada (hasta constituir más del 95 % del total de las remesas), más algunos productos mexicanos (grana de Oaxaca, añil de Guatemala, jabón de Puebla de los Ángeles) y, finalmente, de los productos oficiales: papel sellado, naipes, tabaco cubano, bulas eclesiásticas, arte devocional, objetos de culto y hasta vino de consagrar. Lo más importante a destacar es el papel jugado por la plata, que se convertirá en el principal agente de la primera globalización²¹.

Además de esta relación estable y duradera con China, los años finales del siglo XVI asisten también a los primeros contactos comerciales, diplomáticos y misionales establecidos por los españoles con otros reinos, como el Imperio del Japón. Aquí, la presencia española se había manifestado con mucho retraso respecto de la portuguesa, por más que la rápida difusión del cristianismo tuviera como máximo protagonista a un jesuita español, San Francisco Javier, cuya predicación consiguió en poco tiempo la espectacular cifra de cien mil

²⁰ Sobre el Galeón de Manila, Carmen Yuste López: *El comercio de Nueva España con Filipinas, 1590-1785*, México, D. F., 1984; y Marina Alfonso Mola y Carlos Martínez Shaw (eds.): *El Galeón de Manila. Catálogo*, Madrid, 2000. Para el momento decisivo de 1593, Luis Alonso Álvarez: "E la nave va. Economía, fiscalidad e inflación en las regulaciones de la carrera de la Mar del Sur, 1565-1604", en Salvador Bernabéu Albert y Carlos Martínez Shaw (eds.): *Un océano de seda y plata: el universo económico del Galeón de Manila*, Sevilla, 2013, pp. 25-84. Una visión general de la economía filipina, en el mismo autor: *El costo del Imperio Asiático. La formación colonial de las Islas Filipinas bajo dominio español, 1565-1800*, México D. F., 2009.

²¹ Marina Alfonso Mola y Carlos Martínez Shaw: "La era de la plata española en Extremo Oriente", *Revista Española del Pacífico*, año XIV, nº 17 (2004), pp. 33-54.

conversiones, realizadas a partir de la base de Nagasaki. Sin embargo, la afirmación del absolutismo durante el periodo Momoyama desencadenó una primera persecución contra los cristianos decretada por Toyotomi Hideyoshi, que en 1587 declaró al cristianismo como "doctrina perniciosa" y decretó la expulsión de todos los misioneros. La situación pareció reconducirse gracias a la embajada enviada por el propio gobernante japonés a Manila en 1592 encabezada por Harada Magoshichiro, que fue correspondida mediante la misión del dominico Juan Cobo, desaparecido en el mar a su regreso a Manila aquel mismo año, así como por una segunda embajada dirigida por Harada Kikuyemon que, llegada a Manila en 1593, se saldó con el notable acuerdo obtenido por el gobernador Gómez Pérez Dasmariñas del envío de misioneros franciscanos al Japón para contrarrestar la actuación de los jesuitas portugueses, una vez solventada la espinosa cuestión de la demarcación de Tordesillas al constatarse la situación del archipiélago japonés al norte y al oriente de las Filipinas y por tanto en la parte del mundo puesta bajo la influencia española. Daba así comienzo a una época dorada de la predicación franciscana, que se expandió aceleradamente desde la base de Nagasaki (aunque siempre en competencia con los jesuitas llegados desde Goa), y de las buenas relaciones entre una y otra parte, sancionada por una serie de embajadas españolas al Japón presididas respectivamente por Pedro Bautista, Pedro González de Carvajal, Jerónimo de Jesús y Luis de ²²Navarrete.

Sin embargo, este clima de bonanza concluyó abruptamente con la reanudación de la persecución de los cristianos por parte de Hideyoshi, mediante una acción resonante. A fines de 1596 el naufragio del galeón **San Felipe** en las costas japonesas desató los recelos del mandatario, que se sintió amenazado por la doble acción de comerciantes y misioneros y reaccionó decretando la bien conocida crucifixión de los "veintiséis mártires del Japón", que puso fin a la primera etapa de la paralela actividad diplomática y evangelizadora española. El cruel suplicio de los religiosos (seis franciscanos, tres jesuitas y diecisiete seglares japoneses, crucificados en Nagasaki en febrero de 1597) sería relatado por el misionero franciscano Marcelo Ribadeneyra en la penúltima parte de un libro destinado a dar cuenta del pasado y el presente de las remotas tierras asiáticas, su *Historia de las islas del archipiélago y reinos de la Gran China, Tartaria, Cuchinchina, Malaca, Sian, Camboxa y Jappón*, publicado en Barcelona en 1601²³.

Pese a todo, el martirio de Nagasaki no supuso todavía ni el fin del comercio ni el del cristianismo en tierras japonesas. La segunda etapa del acercamiento entre Japón y España tuvo lugar durante los comienzos de la implantación de la dinastía de los Tokugawa (concretamente bajo los shogunes Iyasu y Hidetada).

²² Sobre la evangelización de Japón, cf. Charles Ralph Boxer: *The Christian century in Japan, 1549-1650*, Berkeley, 1951; y Antonio Cabezas: *El Siglo Ibérico de Japón. La presencia hispano-portuguesa en Japón (1543-1643)*, Valladolid, 1995.

²³ Elizabeth Berry: *Hideyoshi*, Cambridge (Mass.), 1982.

El restablecimiento de las relaciones fue obra del franciscano fray Jerónimo de Jesús, que obtuvo de Ieyasu en 1599 una carta dirigida al gobernador Francisco Tello de Guzmán en la que solicitaba la apertura de una línea regular de comercio entre Manila y Edo y el envío de pilotos y de carpinteros de ribera para adiestrar a los japoneses en la navegación y la construcción naval, así como también de mineros para mejorar la explotación de los yacimientos de plata. Una segunda carta de Ieyasu fue transmitida en 1602 por el también franciscano fray Pedro Burguillos al nuevo gobernador Pedro Bravo de Acuña (1602-1606), insistiendo en dos propuestas cruciales: la oferta de un puerto para los barcos españoles (tanto para el comercio entre Japón y Filipinas como para servir de escala al Galeón de Manila) y la apertura de una ruta comercial directa y permanente entre Japón y Nueva España. Propuestas que serían el recurrente objeto de las iniciativas japonesas en los doce años siguientes, mientras la respuesta española se basaba en la aceptación del envío de un barco anual, la demanda de buen trato para los misioneros franciscanos y de rigor frente a los holandeses de la Compañía de las Indias Orientales y la dilación en la cuestión del comercio directo con Nueva España que podía lesionar claramente los intereses de Manila²⁴.

En efecto, la victoria incontestable de Tokugawa Ieyasu en la batalla de Sekigahara (21 octubre 1600) da paso al nuevo proyecto del mandatario japonés. Ieyasu ofrece los puertos japoneses para que sirvan de escala, refresco y lugar de intercambios a los Galeones de Manila. La idea de fondo de Ieyasu será siempre la misma que ya hemos señalado: crear una línea entre la región del Kantô y el virreinato de México que permitiera a Japón obtener mercurio y pesos de plata españoles, en paralelo con la línea recién inaugurada por los españoles entre Manila y Acapulco²⁵.

Esta propuesta será aceptada parcialmente por el gobernador de Filipinas, Pedro Bravo de Acuña, que enseguida dispone la salida regular de un barco anual que desde Manila llegue a Usuki (en Bungo). La idea del gobernador poco tenía que ver con el proyecto de Ieyasu, por lo que aquí comienza el permanente malentendido entre españoles y japoneses, que dirán que sus proyectos son complementarios cuando en realidad eran radicalmente opuestos. Pedro Bravo de Acuña quería obtener en Usuki varios beneficios netos: a) comprar a buen precio pertrechos y harina de trigo y vender géneros filipinos; b) controlar la ruta Manila-Usuki como alternativa a la presencia incontrolada de los barcos japoneses en los puertos de la isla de Luzón; c)

²⁴ Para esta temática, Ubaldo Iaccarino: "El papel del Galeón de Manila en el Japón de Tokugawa Ieyasu", en Salvador Bernabéu Albert y Carlos Martínez Shaw (eds.): *Un océano de seda y plata*, pp. 133-153.

²⁵ Sobre el primer *shôgun* Tokugawa, cf. el clásico libro de Arthur Lindsay Sadler: *The Maker of Modern Japan. The Life of Tokugawa Ieyasu*, Londres, 1937. Sobre su actitud ante los señores cristianos, cf. João Paulo Oliveira e Costa: "Tokugawa Ieyasu and the Christian Daimyo during the Crisis of 1600", *Bulletin of Portuguese/Japanese Studies*, t. VII (2003), págs. 45-71.

mantener la amistad con un “rey poderoso y bárbaro”, cuya enemistad era considerada como potencialmente peligrosa; d) imponer la aceptación de los frailes mendicantes en la isla de Kyûshû; y e) fortalecer la relación con los *daimyô* católicos de Kyûshû. Por el contrario, guardaba un profundo silencio sobre la futura línea Kantô-México, a causa de tres razones principales: a) la inseguridad sobre la línea de Tordesillas en relación con el Japón; b) la oposición del “partido” luso-jesuítico a la actuación del “partido” castellano-mendicante; y c) la oposición de los beneficiarios de la línea del Galeón de Manila, que será siempre el obstáculo decisivo a cualquier entendimiento entre Japón y España durante la era Keichô. En cualquier caso, pese a estas reticencias de fondo, el buen clima de entendimiento se volvió a hacer patente en el tratamiento amistoso dado a los náufragos del galeón *Espíritu Santo* en la provincia de Tosa en 1602.

Frente a la iniciativa del gobernador de Filipinas, el proyecto de leyasu se basaba en la conversión de Edo en una gran ciudad comercial, descansando sobre una serie de cimientos bien definidos: a) el mantenimiento del barco anual Manila-Usuki; b) el control de las licencias para navegar a Manila, especialmente desde la isla de Kyûshû; c) la colaboración española en materia naval, consistente en la transmisión de los conocimientos de pilotos y carpinteros de ribera; d) la colaboración española en materia minera, consistente en la formación de expertos y en la transmisión de las técnicas del azogue para la amalgama de la plata; y e) la apertura de la ruta entre Uraga (como puerto del Kantô) y Acapulco como clave de bóveda de todo el proyecto.

Los años 1608-1609 fueron una época de transición. Se inició de modo halagüeño con la partida del navío anual a Usuki (julio 1608), con una carta amistosa del nuevo gobernador Juan de Silva a Tokugawa leyasu y con la respuesta igualmente cordial del *shôgun* (5 agosto 1608), dando la bienvenida al nuevo gobernador, expresando su alegría por la continuidad del comercio y ratificando el buen trato dispensado a los misioneros (“los padres son tratados con simpatía y buena voluntad”). Sin embargo, poco después aparecieron algunos nubarrones en este cielo de la colaboración hispano-japonesa: a) los holandeses son bien recibidos en Hirado, puerto de Kyûshû también abierto al tráfico europeo (1 agosto 1609); b) los holandeses a las órdenes del almirante Witter atacan Manila aunque son rechazados (octubre 1609); c) se produce el confuso incidente del navío portugués *Madre de Deus*, que finalmente sería incendiado por su capitán en Nagasaki (enero 1610); y d) el gobernador Juan de Silva impide la salida del navío destinado a Usuki en 1609 debido al trato favorable dado a los holandeses.

En este momento, las negociaciones se verían interferidas por la entrada en liza de un hecho cargado de consecuencias: Rodrigo de Vivero, que había sido gobernador interino de Filipinas, sufre el naufragio del galeón *San Francisco* acaecido cerca de Edo (30 septiembre 1609), lo que le permite visitar a los *shôgunes* Hidetada en Edo y leyasu en Suraga y escribir una carta a este

último solicitando la protección para los frailes, la expulsión de los holandeses y el mantenimiento de las relaciones amistosas entre España y Japón²⁶.

Aunque la respuesta de Tokugawa Ieyasu no da completa satisfacción a Rodrigo de Vivero (puesto que el *shōgun* no accede a la petición de expulsión de los holandeses), la entrevista mantenida entre ambos abrirá el último gran periodo de entendimiento entre los dos países (1610-1613). Vivero consigue una amplia serie de concesiones favorables a España: a) el embarque del matalotaje de los Galeones en los puertos japoneses (evitando salir demasiado cargados del puerto de Manila); y b) el permiso de escala en Uraga, tanto a la ida como a la vuelta, con derecho de extraterritorialidad, libertad de culto y de evangelización, privilegios en la explotación de minas de oro y plata, derecho a mantener astilleros y almacenes propios y derecho a adquirir provisiones a precios justos y moderados. Este acuerdo empezó a ponerse en práctica con la utilización del astillero de Itō, al sur de la península de Izu, para la construcción de los buques *San Buenaventura* y *San Sebastián*.

La colaboración avanzaría todavía más con la llegada a Japón de Sebastián Vizcaíno, en calidad de embajador del virrey de Nueva España (otoño 1611). Vizcaíno visitó diversos puertos en torno a la ciudad de Sendai al nordeste de la isla de Honshū (entre ellos Ishinomaki y Tsukinura), donde obtuvo autorización para hacer escala, comprar pertrechos y madera y utilizar la mano de obra local, a fin de fomentar la construcción naval, que saldría mucho más barata que en los astilleros filipinos habituales de Cavite, Otón (Ilo-ilo), Bagatao, Marinduque o Masbate e incluso que en la India o en Camboya²⁷.

Las andanzas de Vivero y Vizcaíno, sin embargo, pusieron aún más de manifiesto el gran malentendido, ya que las promesas del primero de favorecer el proyecto de Ieyasu sobre la línea de Uraga a las costas de México (compensación a las muchas concesiones del *shōgun*) resultaban imposibles de cumplir, como se encargaron de demostrar toda una serie de voces discrepantes. El propio Vivero se daba cuenta de que México sólo se avendría a enviar a Japón lo que le resultara "inútil y superfluo", es decir, vino, paño, añil, grana, cueros, fieltros, sombreros, etcétera, mientras que quería recibir a cambio de Japón solamente plata y oro, pues los demás productos no le interesaban (e incluso los españoles de Filipinas rechazaban la plata japonesa porque contribuía a la inflación de los precios en el archipiélago). Por su parte, Vizcaíno, mucho más escéptico, exponía su fracasada experiencia de vender en Edo la carga de sus barcos, compuesta de "paños negros de Segovia, rajas de Florencia, jabón, zapatos de cordobán, cueros de vaca, vidrios, lana y medicinas".

²⁶ Rodrigo de Vivero: *Du Japon et du bon gouvernement de l'Espagne et des Indes*. Traduit et présenté par Juliette Monbeig, París, 1972. También, José Luis Álvarez-Taladriz: "Don Rodrigo de Vivero et la destruction de la Nao "Madre de Dios" (1609-1610), *Monumenta Nipponica*, t. II, 1939, pp. 147-179.

²⁷ Michael W. Mathes: *Sebastián Vizcaíno y la expansión española en el Océano Pacífico*, México D. F., 1973.

Al margen de Vivero y Vizcaíno, más críticos todavía resultaban otros expertos en cuestiones filipinas como Hernando de los Ríos Coronel, Antonio de Morga, el ex-gobernador Pedro Bravo de Acuña o Juan Cevicos (o Cevicós). El primero rechazaba la ayuda naval española: “no interesan unos japoneses expertos en la navegación, pues será muy peligroso”. Por su parte, Juan Cevicos, en un conocido memorial redactado en Madrid (en 1610), negaba la viabilidad del comercio hispano-japonés: “De lo que el Japón carece y lo que principalmente se desea y tiene gasto en aquel reino es de sedas y otros frutos de la China”. Y más adelante: “(A México) solamente se puede llevar de Japón hierro, cobre y plomo, en lo cual habrá ganancia navegándose para el Perú desde Acapulco”. En realidad, los dos elementos negativos subyacentes, desde un punto de vista mercantil, eran: a) la falta de complementariedad entre Japón y Nueva España; y b) la imposibilidad de que los filipinos aceptasen un Galeón japonés en paralelo y en competencia con un Galeón filipino. Y, sin embargo, el proyecto urdido entre Vivero y Ieyasu daría lugar a la preparación de dos embajadas destinadas a Madrid, que intentarían conseguir sus objetivos a fines de la era Keichō: la del padre Alonso Muñoz y la del padre Luis Sotelo, conocida esta última corrientemente como la embajada de Hasekura²⁸.

El franciscano Alonso Muñoz fue encargado de proponer en Madrid un acuerdo basado en el apoyo de los Tokugawa a la evangelización franciscana a cambio de la apertura de la ruta entre Uraga y la Nueva España. Pese a toda la buena voluntad del fraile, el malentendido, sin embargo, se mantuvo: siguiendo el pensamiento de Vivero, los mexicanos remitirían grana, jabón, cordobanes y cueros contra la plata japonesa. Pero, ¿qué hubiera pensado Ieyasu de la propuesta de este tipo de intercambio tan alejado de sus intenciones? Por lo pronto, Alonso Muñoz consiguió, después de mucho pelear, una respuesta favorable del Consejo de Indias (mayo 1612).

²⁸ La bibliografía sobre las embajadas de la era Keichō son numerosas. Entre las obras más relevantes: Marcos Fernández Gómez: “Sevilla, encrucijada entre Japón y Europa. Una embajada japonesa a comienzos del siglo XVII (Misión Keicho) *Archivo Hispalense*, nº 248 (1998), págs. 33-60, y “La Misión Keicho (1613-1620): Cipango en Europa. Una embajada japonesa en la Sevilla del siglo XVII, *Studia Historica. Historia Moderna*, nº 20 (1999), págs. 269-295; Osami Takizawa: “La delegación diplomática enviada a Roma por el señor feudal japonés Date Masamune (1613-1620), *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. CCV, cuaderno I (enero-abril, 2008), págs. 137-158; y José Koichi Oizumi: *Estudios sobre la misión de la era Keicho*, Bunshindo Ltd. (Japón), 1994; *Estudios académicos sobre Hasekura Tsunenaga y la misión de la era Keicho*, Bunshindo Ltd. (Japón), 1998; *Hasekura Tsunenaga. Desgracias de la misión de la era Keicho*, Tokio, 1999; *El objetivo verdadero de la misión de la era Keicho y de Rokuemon Hasekura*, Yuzankaku Co. (Japón) 2005; *Documentos de la misión de la era Keicho conservados en los archivos de Roma, España y México*. Traducción al japonés, vol. I, Yukanzaku Co. (Japón), 2010; y *La misión secreta de Masamune Date*, Yosensha Co. (Japón), 2010; y junto con Juan Gil (eds.): *Historia de la Embajada de Idate Masamune al Papa Paulo V (1613-1615) por el Doctor Escipión Amati intérprete e historiador de la Embajada*, Aranjuez, 2011.

No obstante, la batalla no estaba ganada. Antes de que la decisión se concretara en un documento dirigido a las autoridades japonesas, los contradictores del acuerdo volvieron a alzar sus voces con los mismos argumentos: el peligro del adiestramiento naval de los japoneses, la competencia que la evangelización franciscana haría a la misión jesuítica, la incompatibilidad entre las ofertas y las necesidades respectivas de Japón y México, el apoyo de los Tokugawa al enemigo holandés instalado en Hirado y, sobre todo, como clave de bóveda, el efecto económico que provocaría la apertura de la nueva ruta y que no sería sino la ruina del comercio de Manila y, subsidiariamente, del de Macao, los dos florones de Felipe III, rey de España y Portugal, en Extremo Oriente.

Pese a todo, la tenacidad de Alonso Muñoz obtuvo como premio una segunda respuesta favorable del Consejo de Indias (mayo 1613). De nuevo, sin embargo, los retrasos se acumularon en la preparación del regalo a los Tokugawa y en la redacción de la carta a Ieyasu (que no estuvo firmada hasta el 20 de junio) y de la carta a Hidetada (que no estuvo firmada hasta el 23 de noviembre). Así, cuando todo estuvo dispuesto, ya era demasiado tarde. El 13 de diciembre de ese año de 1613 Tokugawa Ieyasu dictaba el decreto de destierro de los franciscanos. ¿Había sido consecuencia de la demora española? ¿Había sido producto de la presencia de los holandeses como alternativa plausible? ¿Había sido la respuesta a un hecho colateral como el caso de corrupción descubierto (caso Arima/Daihachi) indirectamente relacionado con los cristianos? Resulta difícil decidirse.

Lo que sí es seguro es que las medidas anticristianas fueron la excusa perfecta para las autoridades españolas, novohispanas y filipinas. Así, la carta del marqués de Guadalcazar, virrey de Nueva España, a la llegada de las disposiciones reales, es bien expresiva: “Me obligo a no enviar el presente [el regalo] hasta tener nueva orden de Vuestra Majestad, pues llegará a mal tiempo a la parte [Japón] de donde me echan a los ministros del Evangelio, si bien hay que pensar en cómo se atajará que los holandeses no hallen allá la acogida que pretenden, de que podrían resultar otros daños”. Es decir, los franciscanos ya habían sido expulsados y las cartas no surtirían los efectos deseados entre los mandatarios japoneses, por lo que habría que pensar en otras medidas para contrarrestar la presencia y la influencia neerlandesas, principal factor de preocupación.

Por si las dificultades para el entendimiento entre España y Japón fuesen pocas, llegaba a México una nueva carta de Felipe III (más de un año después de la anterior, 23 diciembre 1614) que anunciaba la definitiva cancelación de la ruta que debía unir al Kantô con el Pacífico novohispano. Desde México se enviaron a los Tokugawa las cartas regias (26 abril 1615), sin incluir ninguna promesa de licencia para la apertura de la ruta pero pidiendo en cambio (sin ofrecer ninguna otra contrapartida) apoyo para la predicación de los franciscanos. Si Ieyasu manifestó su “infinito desagrado” ante las epístolas, la embajada mexicana ni siquiera fue recibida por Hidetada, quien mandó a los emisarios de vuelta a casa en el navío *San Juan Bautista*, que arribó a las costas de Jalisco en febrero de 1617. Mientras tanto, en España hacía ya años

que habían tenido lugar las negociaciones planteadas por la segunda embajada de la era Keichô, la llamada embajada de Hasekura.

La embajada de Tsunenaga Rokuemon Hasekura fue sólo una variante en tono menor de la embajada de Alonso Muñoz. Presidida por el famoso *samurái*, pero conducida en realidad por el padre franciscano Luis Sotelo, la misión diplomática (que contaba con el inconveniente de representar no al *shôgun*, sino solamente al señor de Sendai, un mero *daimyô* cristiano que quizá ya no contaba ni siquiera con el respaldo de los Tokugawa, por mucho que fuera su poder y por mucho que fuera presentado en España como "rey de Bojú", es decir, de Mutsu, el nombre de su feudo), no tenía sentido desde antes de arribar en octubre de 1614 a las costas andaluzas y de presentarse a las autoridades de Sevilla. En España tanto como en Japón la suerte ya estaba echada en ese momento. Por eso, frente a la eficaz (aunque a la larga infructuosa) actuación de Alonso Muñoz, me he atrevido a calificar a esta segunda embajada de romántica o exótica, mediática e imposible.

De este modo, puede decirse que el año 1614 marca el fracaso de esta aproximación entre el Japón de los Tokugawa y la España de los Habsburgo. Si, por un lado, las reticencias de los beneficiarios del galeón de Manila a la apertura de una ruta considerada rival impedía una respuesta concluyente de parte española, por otro la ruptura de relaciones se enmarca dentro del giro radical de la política japonesa, que en poco más de dos décadas sumiría al país en un completo aislamiento, mediante la supresión de todos los viajes ultramarinos, la violenta erradicación del cristianismo tras una persecución larga y sangrienta que redujo a los fieles a la muerte o al silencio (incluyendo el "gran martirio" de Nagasaki de 1622) y la absoluta prohibición del comercio ibérico en favor de los holandeses (1639). Como testimonio de este momento crucial nos quedan las relaciones de los viajes de Rodrigo Vivero y de Sebastián Vizcaíno (que permanecieron manuscritas durante largo tiempo), y las más numerosas obras publicadas para dar a conocer las circunstancias de la persecución religiosa, como, por señalar un ejemplo, la de Diego de San Francisco, un religioso que sufrió cautiverio y quizás suplicio y que se haría eco de la etapa culminante de la represión (1613-1624) en su divulgada *Relación verdadera y breve de la persecución... en Japón de 15 religiosos de la provincia de San Gregorio*, editada en Manila en 1625 y reeditada por dos veces en México al año siguiente, un documento impresionante de los acontecimientos llamados a poner fin al "siglo cristiano" en Japón.

Con todo, la presencia de los misioneros en Japón produjo otro hecho singular, permitió a un español ser el primer europeo en visitar el reino de Corea. En efecto, el jesuita madrileño Gregorio de Céspedes, que había llegado a Extremo Oriente por la ruta portuguesa de Goa, Macao y Nagasaki, pudo embarcarse con la ayuda de los daimios católicos japoneses con rumbo a Corea, donde fue testigo de la invasión del país por las tropas de Toyotomi Hideyoshi. Desde allí, escribió cuatro cartas, que tienen como primera intención la de denunciar la guerra emprendida por el mandatario japonés y dar cuenta de algunas circunstancias de la misma, así como de las posteriores negociaciones de paz, pero que al mismo tiempo poseen un indudable valor historiográfico por incluir las primeras noticias que sobre Corea fueron aportadas por un testigo visual europeo, de tal modo que su información pudo ser utilizada por Luis de Guzmán para escribir uno de los

pasajes de su *Historia de las misiones que han hecho los religiosos de la Compañía de Jesús para predicar el Santo Evangelio en los Reinos de Japón*, publicada en Alcalá de Henares en 1601²⁹.

También hubo relaciones pacíficas, diplomáticas y mercantiles, con algunos países del Sudeste de Asia. En primer lugar, con Siam. La primera embajada al reino siamés fue fruto de una iniciativa personal del gobernador Santiago de Vera, quien, tras informar a Felipe II de haber enviado misiones de paz a los "reyes circunvecinos de Burney (Borneo), Mindanao, Siam", declara con respecto a este último estado: "He tenido relación que el Rey deseaba enviar navíos a estas islas y tener en ellas trato y nuestra amistad. Enviásele un navío con algún regalo y presente ofreciéndole lo que a otros de parte de S. M. y procúrase abrir la carrera". No sabemos si esta propuesta de establecer una nueva ruta comercial llegó a prosperar, aunque tenemos noticias de la llegada a Manila en los años siguientes de barcos procedentes de aquel reino. En 1598 el gobernador Francisco Tello de Guzmán propició una segunda embajada a cuyo frente se situó su sobrino, Juan Tello de Aguirre, que consiguió en Ayuthia del rey Naresuen un acuerdo comercial que, según la carta remitida por el gobernador a Felipe II, dejaba "abierto puerto para ir españoles a él y poblarle libre y franco de derechos". Sin embargo, la irrupción de los holandeses en el área impidió la materialización del tratado y abrió un periodo conflictivo que redujo a un volumen muy limitado el tráfico entre Siam y las Filipinas, que a principios de siglo, según Antonio de Morga, se reducía a "algún benjuí, pimienta, marfil, mantas de algodón, rubíes, zafiros mal labrados y engarzados, y algunos esclavos, cuernos de badas (rinocerontes), pellejos, uñas y muelas de este animal", productos siempre intercambiados contra la plata americana³⁰.

Otra relación pacífica provino del anhelo evangelizador de los religiosos de Manila por instalarse en el Sudeste asiático. Al parecer, la primera expedición fue encabezada en 1581 por los frailes agustinos Diego de Oropesa, Bartolomé Ruiz y Diego Ortiz Cabezas, que pasaron a la costa vietnamita, pero que fueron expulsados por los portugueses en defensa de las prerrogativas del patriarca de las Indias Orientales. Otras noticias hablan de la acción en el reino de Champa de Pedro Ordóñez de Cevallos, autor de un *Tratado de las relaciones verdaderas de los reinos de la China, Cochinchina y Champáa*, publicado en Jaén en 1628. Por último, ya en el siglo XVIII se singulariza la experiencia del dominico Juan Ventura, que realizó el periplo tradicional siguiendo la ruta de Cádiz a Veracruz, México, Acapulco y Manila, antes de pasar a Cantón y desde allí, cruzando la China meridional, al reino de Tonkín, donde desempeñó sus tareas misionales desde 1715 hasta 1724, fecha de su muerte³¹.

²⁹ Park Chul: *Gregorio de Céspedes, jesuita español, primer visitante europeo a Corea en el siglo XVI*, Seúl, 1987.

³⁰ Florentino Ridao: *Españoles en Siam (1540-1939)*, pp. 27-32.

³¹ Florentino Ridao: *Españoles en Siam (1540-1939)*, pp. 31-32. Honorio Muñoz: *El P. Juan Ventura Díaz, O. P., misionero dominico montañés en el reino de Tunkín, 1715-1724*, Santander, 1958.

Como conclusión, podemos decir que durante un largo siglo, a caballo entre los años finales del Quinientos y finales del Seiscientos (1565-1677), los españoles de las Filipinas hubieron de hacer frente a diversos enemigos regionales (piratería china y japonesa, corso musulmán) y, sobre todo, al ataque continuado de los holandeses de la VOC, al tiempo que protagonizaban algunas aventuras bélicas, como fue singularmente la triple jornada de Camboya. Por otro lado, los mismos colonizadores acabaron, después de muchas vacilaciones e incidencias, por consolidar una gran ruta comercial transpacífica, la llamada del Galeón de Manila, cuyas bases humanas estuvieron constituidas por la población europea (y no sólo española) asentada en el archipiélago, los mercaderes chinos de las regiones fronteras de Fujian y Guangdong, los numerosos grupos de chinos asentados en las propias Filipinas (es decir, singularmente, los sangleyes del Parián de Manila), los nativos del archipiélago (aunque con mucho menor protagonismo) y los comerciantes del otro lado del Pacífico, reducidos desde 1593, esencial aunque no exclusivamente, a los negociantes mexicanos que concurrían a la feria de Acapulco.

El siglo XVIII presentará características diferentes, pues, junto a evidentes continuidades (el incesante combate contra el corso musulmán, la vigencia de la ruta transpacífica y la rivalidad imperial con otras potencias, sustituyendo los ingleses a los holandeses en buena parte, aunque no de modo absoluto), hay que señalar algunas novedades, como la apertura del comercio a otras áreas regionales, el mayor interés por el desarrollo de la economía productiva filipina (fracaso de la pimienta y de la canela, pero triunfo del añil y el algodón), la ruptura del monopolio del Galeón de Manila (por la doble vía de dar entrada a potencias extranjeras en el comercio de la capital, constituida en puerto franco y de crear rutas alternativas mediante la presencia de diversas compañías privilegiadas españolas, singularmente la Real Compañía de Filipinas con base en Cádiz) y, finalmente, la inclusión del archipiélago en el mapa de las exploraciones españolas (vertiente científica de la presencia de los barcos de la Armada entre 1765 y 1784, misión botánica de Juan de Cuéllar, visita de la Expedición Malaspina, misión de la Escuadra de Asia de Ignacio María de Álava, visita de la Expedición de la Vacuna), de modo que se aunasen los intereses científicos con los intereses imperiales.